

# *Medio Ambiente y desarrollo sostenible*

José A. SOTELO NAVALPOTRO

A la hora de tratar sobre el período que estamos viviendo en los momentos actuales —los epílogos del presente siglo y ya prácticamente en los umbrales del XXI—, podríamos afirmar sin temor a equivocarnos, que uno de los aspectos que le caracterizan es el de un creciente y, en ocasiones, desmesurado y no siempre controlado desarrollo tecnológico, de cuyos efectos hemos empezado a tomar conciencia. Una de las causas ha sido la consideración de las anomalías y variantes que, como consecuencia del referido fenómeno, se están produciendo en nuestro entorno; todo ello resumido en la creciente preocupación por el medio ambiente así como por su salvaguardia y mejora.

Lejos de ser este un problema circunscrito a un determinado ámbito, el que nos preocupa es prácticamente multisectorial e interdisciplinario, por lo que es difícil que alguien se sienta ajeno o desvinculado del mismo (y menos como geógrafos que somos). Por contra, todo parece indicar que la necesidad de cuidado y mejora de nuestro entorno es un derecho y un deber que todos, individual y colectivamente, debemos asumir como un reto, sobre todo pensando en las generaciones futuras.

La comparación entre el «Informe Meadows», de 1972, y el «Informe Brundtland», de 1987, muestra el giro radical que ha dado la mentalidad medioambiental en el decurso de apenas dos décadas. Ambos textos representan, efectivamente, lo que podríamos denominar doctrinas del crecimiento cero y del crecimiento sostenible, de manera respectiva (Herce. 1992). En ambas, la preocupación por hacer compatibles, en el marco de nuestro planeta, la actividad

económica con la calidad medioambiental es manifiesta; en la primera de ellas se lograría mediante la limitación del crecimiento económico y demográfico, mientras que en la segunda se reivindica el crecimiento aunque se insiste que la calidad del mismo ha de cambiar considerablemente, con el apoyo de transformaciones institucionales imprescindibles, si se desea dotarle de bases duraderas. Una de las condiciones, y resultado a la vez, del crecimiento sostenible es el mantenimiento, mejora y expansión del espacio natural, base sobre la que se asientan la producción económica y la reproducción social.

De esta manera, el medio ambiente debe entenderse desde una perspectiva amplia incluyendo, por ejemplo, la base de recursos naturales renovables o agotables, la calidad del entorno atmosférico y/o paisajístico, ruidos, conservación de los ecosistemas y de las especies que los habitan,... En último término, bajo el signifiante «environment», encontraríamos el significado de lo que se enmarca en la sociedad toda: instituciones, cultura, naturaleza, ciudades, hábitats, economía, técnica,..., en una palabra, todo lo que es creación del hombre, todo aquello que le rodea, todo aquello de que se acuerda, todo lo que le es impuesto y también lo que él espera (Carrizosa, 1981).

El deterioro de los espacios naturales así concebidos sólo puede acarrear pérdidas materiales y de bienestar (el hoy tan discutido concepto de bienestar), tanto para las generaciones presentes como para las futuras. No debemos olvidarnos que una vez traspasados ciertos umbrales críticos y rota la capacidad de regeneración del medio natural, ni la actividad humana ni, probablemente, la vida misma serían posibles.

Es por todos conocido, que el hombre ha transformado profundamente su medio desde hace muchísimo tiempo y, en algunos casos, de unos modos terriblemente devastadores —en ocasiones irreversibles—. Amplias superficies hoy desérticas fueron un día ricas y cobijaron civilizaciones y ciudades poderosas, cuyos restos cubre el polvo. Buena parte del Oriente Medio, el Norte de Africa y los países del contorno mediterráneo han padecido los excesos del arado y la sobrecarga del pastoreo que han llevado los suelos a la erosión. Las viejas culturas muestran a menudo una profunda sabiduría en el uso del entorno, aunque muchos han sido los casos en que han sido incapaces de detectar los procesos destructivos lentos, pero pertinaces.

El hombre siempre ha tendido a forzar a la naturaleza, a derivar en beneficio propio los flujos de energía que coadyuvan al funcionamiento de los ecosistemas. No contento con satisfacer sus propias necesidades energéticas metabólicas, ha tendido siempre a aumentar el consumo de energía externa —no metabólica— con la que transformar y organizar el mundo a su conveniencia inmediata. De hecho, a más energía externa disponible, más poder, y —por ende— mayor

capacidad competitiva. Esta no es una característica del pensamiento científico, sino del comportamiento humano. Si el hombre es más capaz que otras especies de actuar intensamente sobre el medio, esto debiera atribuirse a su poder de raciocinio—del que la ciencia es una consecuencia-, y no a la ciencia en sí misma. La crítica genérica a la ciencia y a la técnica es, en el fondo, una crítica a la capacidad de pensar, y como tal sería muy discutible (Tarrades, 1990).

Quien desee hacerse una idea del estado actual del planeta—desde las anteriores premisas—, disponiendo de la información necesaria, quedaría abrumado por la complejidad de los fenómenos que podríamos calificar de relevantes, su interconexión, su extraordinaria variedad y el avanzado grado de deterioro de algunos de ellos. Es por ello por lo que, a la hora de aproximarnos a los mismos diferenciaremos dos grandes secciones, a saber: aspectos consecuencia del desarrollo humano y las consecuencias físico-ambientales.

#### ASPECTOS CONSECUENCIA DEL DESARROLLO HUMANO

Como señala Matthew de Villiers (1992), para la población, en general, y la juventud en particular, el problema del desarrollo sostenible es real. Éste necesita de una amplia base de apoyo y convertirse en una preocupación general, generando un sentimiento de responsabilidad. Para lograr los cambios necesarios hay que dirigir los recursos y energía hacia el logro de actitudes positivas a través de la Educación Ambiental, y del enfrentamiento con los procesos políticos, económicos y sociales, vigentes en la actualidad.

Desde esta perspectiva, uno de los aspectos fundamentales es el de la población. Es por todos conocido que el s. XX abarca un periodo de crecimiento demográfico que podríamos calificar de asombroso, paralelo a la capacidad humana para explotar el medio ambiente que le rodea.

Se estima que la población mundial duplicará sus actuales efectivos en menos de 45 años, alcanzando los 10.000 millones de personas, que no se distribuirán uniformemente (se calcula que, para el 2030, alrededor de las cuatro quintas partes de la población mundial habitará en el mundo industrializado).

En la reciente Conferencia de Río se ha vuelto a plantear el hecho de que el crecimiento demográfico causa la degradación del Medio Ambiente. Los partidarios del control demográfico (Ehrlich, 1990) sostienen que el incremento de la población mundial es, en gran parte, responsable de la degradación del Medio Ambiente, logrando que esta idea cuaje en la opinión pública. Otros, no obstante, como R. Paul Saw (1992) creen que «una muestra de la falta de consenso es que la Comisión Mundial sobre el medio Ambiente y el Desarrollo, de inspiración

noruega, en su reunión de 1987 alcanzó la unanimidad en todas las cuestiones tratadas, excepto en dos: qué hacer para proteger la Antártida y la influencia del crecimiento demográfico en el medio Ambiente» (Word Commission on Environment and Development, 1987).

La cuestión del desequilibrio entre población y recursos ha sido destacada, por tanto, en numerosas discusiones sobre Medio Ambiente. La población no crece como consecuencia de la ignorancia, ni por razones psicológicas, más bien las causas debemos buscarlas en los ambientes culturales y socioeconómicos.

En palabras de Mahesh Surendran (1992), «la necesidad de realizar trabajos para generar ingresos dentro de la actividad familiar, la alta incidencia de la mortalidad infantil, el empleo y control de los recursos son las razones más importantes para la elección de familias numerosas por parte de los pobres. Restringir las políticas demográficas a la natalidad equivaldría a tratar únicamente los síntomas del problema. Sólo el hecho de ofrecer el control sobre los recursos y los ingresos generadores de bienes, asegurar el empleo, ofrecer mejores servicios de salud y otros servicios públicos facilitarían un cierto desarrollo». Tal y como señala el mencionado Saw (1992), «a la espiral de pobreza y degradación ecológica en el Tercer Mundo han contribuido sobre todo políticas de precios distorsionadoras, planes de desarrollo equivocados,..., que han favorecido a las grandes ciudades, en perjuicio del campo y de los agricultores; reformas agrarias insuficientes y leyes de propiedad de la tierra, mal planteadas; la pésima gestión de tierras comunes; el proteccionismo; el endeudamiento masivo; los conflictos tribales; los genocidios. No se ha dejado a los pobres otra opción que participar en la degradación de los recursos, a costa de hipotecar su propio futuro».

Otro de los aspectos relacionados con el desarrollo humano son: el empleo y la urbanización.

En lo que al empleo respecta, se calcula que la fuerza laboral actual se aproxima en el mundo a los 2.200 millones de personas, de los cuales un tercio se corresponde con parados o subcontratados; es por todos conocido que los problemas más evidentes se dan en los países subdesarrollados.

Dickenson (1983) señala cómo «en el Caribe, donde es normal que las ciudades alcanzan índices de desempleo de un 20 ó un 30%, la holgazanería en principio es imposible, al igual que en la mayoría de los países del Tercer Mundo donde no existe seguro de desempleo; aquí, actividades como pedir, robar, prostitución y venta de droga se convierten en lamentables formas sustitutorias de la «seguridad social». Desde estas circunstancias es imposible distinguir, claramente, entre empleo y desempleo». Esto se manifiesta en una gran cantidad de aspectos, tales como la producción alimentaria y los hábitos de consumo, los

cuales nos muestran cómo en términos de consumo alimenticio, las personas de los países desarrollados consumen más recursos y energía, generando a su vez, más residuos de lo que sería deseable. Estos efectos negativos empeoran como consecuencia de factores diversos, entre los que destaca el mencionado consumo, junto con la masiva urbanización, las políticas de producción y fabricación, las políticas gubernamentales, las tendencias y modas culturales,..., verdaderos artífices de un pensamiento referido siempre a un lapso temporal próximo, en lugar de dirigirse hacia un desarrollo sostenible, y a largo plazo (Commoner, 1988).

Lo anterior, sin embargo, no oculta que el predominio del consumo de alimentos y energía es setenta u ochenta veces superior en Europa o en América del Norte que en África. Este último continente no dispone de comida para abastecer a su población, y no digamos para producir excedentes dirigidos a la exportación o a las escasas industrias locales, existentes. Además, añadida a esta miseria, África soporta una gravosa deuda con los precios de los productos que debieran ser de importancia capital para la reactivación de las economías de los diversos países, nada competitivos—con algunas excepciones—en los mercados mundiales.

Respecto de la urbanización, se sabe que la población urbana mundial ha crecido—a lo largo de los últimos años—, desde un 54% hasta un 72% en los países desarrollados, mientras que en los subdesarrollados su incremento ha ido desde el 17% hasta el 32%. Las opiniones que estos procesos suscitan son muy variadas (e incluso, en ocasiones, encontradas), si bien entre ellas destaca la del profesor Ferrer (1991) para quien «los actuales procesos de urbanización y de mejora del medio ambiente urbano son logros jamás experimentados por lo que se refiere a la sociedad occidental, la más depredadora ciertamente del mundo; no se puede olvidar que la involución demográfica tiene a muy largo plazo, al igual que la deriva ecológica, un componente de supervivencia /.../ que puede contemplarse desde una perspectiva urbana».

Ahora bien, no sucede lo mismo en los países subdesarrollados en los que las oportunidades existentes para un desarrollo urbano positivo no se están aprovechando, ya que quienes saben lo que se puede hacer y cómo podría hacerse no siempre pueden plantear sus propuestas (Myers, 1989). Esto facilita la puesta en marcha de programas centralizados muy poco efectivos, ineficaces y no siempre adecuados que impiden una buena utilización de la ayuda al desarrollo. Parte de las razones que explican la migración de los habitantes del campo a las ciudades están marcadas por la percepción de una vida más fácil y mejores oportunidades de empleo; otra causa es la desigualdad entre las sociedades urbanas y rurales, principalmente, en los países asiáticos en vías de desarrollo. Además, los

productos de consumo que antes sólo los poseían las clases dominantes y pudientes, están hoy al alcance —al menos teórico— de los menos favorecidos, aumentando la demanda de aquéllos. Los pueblos agrícolas no pueden mantener, de forma independiente, durante más tiempo sus costumbres, a lo que debemos añadir el hecho de que la tendencia de la gente al consumo es acelerada. No se les ha permitido otras posibilidades que seguir los estilos y las formas de vida de los países desarrollados (Goodey, B. y Guld, J.M., 1984).

Los problemas derivados de la urbanización se multiplican si pensamos en los países donde este fenómeno se ha producido de forma acelerada, al poner sus principales objetivos en una industrialización a la que, por otra parte, tienen derecho y de la que necesitan. La elección entre una economía sucia o limpia —caso este último de aquéllos que dan el salto a la revolución tecnológica del presente sin atravesar las fases anteriores— es una cuestión que afecta a toda la comunidad mundial (Ferrer, 1991).

#### CONSECUENCIAS FÍSICO-AMBIENTALES

A lo comentado anteriormente debemos añadir que, cuando se relacionan las distintas variables que participan como dualidad causa-efecto en las denominadas consecuencias físico-ambientales del desarrollo sostenible, tres son los aspectos que suelen resaltarse: el «efecto invernadero», los problemas relacionados con la capa de ozono más la lluvia ácida y la deforestación.

El «efecto invernadero», llamado así porque algunos gases (el anhídrido carbónico, el metanol, los óxidos de nitrógeno,...) filtran los rayos atmosféricos dejando pasar a los luminosos e impidiendo la salida de los infrarrojos; cuyas consecuencias más directas se concretan en el mayor recalentamiento de la superficie terrestre, con las consiguientes repercusiones sobre el clima y sobre los niveles de las aguas. Las alternativas habría que buscarlas por la vía del ahorro energético y la puesta en marcha de energías alternativas, sin desdeñar el uso más eficaz de los combustibles fósiles, mediante el incentivo —sobre todo en los países desarrollados— de las fuerzas del mercado (a nadie se le escapa que un aumento de precios de los combustibles fósiles a través de los mecanismos tributarios muy bien pudiera lograr los efectos deseados). En los países subdesarrollados, lo anterior quizá no fuera lo señalado, más bien las soluciones a medio y largo plazo se situarían en la puesta en práctica de una mejor combinación energética que incluya más recursos renovables (Bradford, 1989).

Los problemas que desde 1982 se derivan de la disminución de la capa de ozono, cuyas causas no están muy claras, suelen relacionarse con el uso masivo

de los CFCs provenientes de los aerosoles, incidiendo también aquéllos en la denominada «lluvia ácida», en cuya génesis intervienen además gases tóxicos como el anhídrido carbónico, el óxido de azufre, el óxido de hidrógeno y el ácido clorhídrico, fruto de las diversas actividades humanas. Las soluciones sólo pueden venir por dos vías: por la limitación del consumo de los productos y servicios generadores de los gases tóxicos o bien mediante la sustitución de éstos, mediante la utilización de energías o recursos alternativos (en este sentido, la I+D supone un área importantísima para el desarrollo de tecnologías menos hostiles para el medio ambiente) (Barbarit «et alia», 1990).

Por último, el hecho de que cada año se destruyan alrededor de 157.000 km<sup>2</sup> de selva tropical, cuyas consecuencias aún son difíciles de valorar, aportan nuevos problemas que se suman a los anteriores. Es imprescindible acabar con el deterioro de estas selvas, lo que pasa por la puesta en marcha de auténticas políticas de apoyo al desarrollo, que abran a las poblaciones que las habitan, posibilidades que prescindan de métodos agrícolas arcaicos, hallando otras fuentes de energía encaminadas al consumo doméstico. A esto hay que añadir, actuaciones encaminadas a racionalizar las acciones de las empresas madereras internacionales, reduciendo y sustituyendo el consumo de maderas por otros materiales alternativos; todo ello acompañado de la plantación de nuevos bosques que coadyuvarían a la eliminación de parte del dióxido de carbono de la atmósfera. En este sentido, las regulaciones gubernamentales, los incentivos económicos y la participación del público son factores que pueden desempeñar un importante papel. Siempre siendo conscientes de que debido a la modificación a gran escala del medio ambiente, el hombre ha provocado la desaparición de muchas especies y que cada vez que una especie se extingue, la reserva de genes disminuye, por lo que el futuro del hombre puede verse comprometido. (Dryzek, 1987).

Lo expuesto tiene distintas repercusiones, según hablemos de los países ricos o de los pobres. En estos últimos que funcionan por lo general con variables que se aproximan a los niveles de subsistencia, las dudas que rodean a los fenómenos descritos suelen usarse, comúnmente, como una excusa para no hacer nada. A esto debemos añadir la carencia real, por parte de estos países, de unas tecnologías adecuadas, así como la ausencia de inversiones como consecuencia de la inestabilidad política reinante.

En los países desarrollados, por su parte, a diferencia de los anteriores, sí se cuenta con las tecnologías adecuadas para controlar las emisiones y los diferentes procesos que generan los efectos por todos conocidos. Sin embargo, en éstos el problema o los problemas son el resultado de la ausencia de actuaciones de los denominados «poderes públicos», sumados al hecho de que buena parte de las

empresas multinacionales integrantes de las bases económicas del mundo industrializado se muestran, cuando menos, cautelosas cuando se trata de realizar inversiones a corto, medio y largo plazo, tanto en I+D, como en tecnología calificable como medioambiental, así como de reparar los descabros por ellas —directa o indirectamente— ocasionados.

En definitiva, se trata de comprender que, ora en los países desarrollados ora en los en vías de desarrollo, debemos reconocer al hombre «como el principal factor medioambiental» (J. Muñoz, 1992), que debe ser modelado, buscando un cierto equilibrio entre el medio ambiente y lo que hoy representa o puede llegar a conformar el desarrollo sostenible. Quizá, la solución más idónea sea la concreción de eso que algunos estudiosos de estos temas denominan «dimensión» y que se plasma —o debiera ser así—, en la Educación Ambiental.(M<sup>a</sup> C. González, 1992).

#### BIBLIOGRAFÍA

- Banco Mundial (1988): *Informe sobre el Desarrollo Mundial. Las finanzas públicas en el proceso de desarrollo*. Washington.
- Banco Mundial (1990): *Informe sobre el Desarrollo Mundial. La pobreza*. Washington.
- Banco Mundial (1991): *Informe sobre el Desarrollo Mundial. La tarea acuciante del desarrollo*. Washington.
- Banco Mundial (1993): *Informe sobre el Desarrollo Mundial. Invertir en salud*. Washington.
- Barbarit, L.M. «et alia».(1990): *La nouvelle vendée, voyage dans la vendée industrielle*. Edt. France-Empire. 257 págs.
- Bradford, C. (1989): «Las nuevas formas que adquieren los mercados mundiales y la naturaleza de la interdependencia en un mercado cada vez más multipolar». *Revista de la Sociedad Internacional para el Desarrollo*, n.º 15, pp. 58-61.
- Bertelmus, P.(1990): «Sustainable dvelopment; a conceptual Framework». *Diesa Working Paper Series*, New York.
- Brundtland, G.R. (1988): *Our Common Future. Ther Report of the Wold Commission on Environment and Development*. Oxford University Press.
- Casas Torres, J.M. (1982): *Población, desarrollo y calidad de vida*. Madrid. Rialp. 338 págs.
- C.E.E. *Primer Programa Europeo contra la pobreza (1975-1980)*.
- C.E.E. *Segundo Programa Europeo contra la pobreza (1984-1988)*.
- C.E.E. *Tercer Programa Europeo contra la pobreza (1990-1995)*.

- Clark, C. (1971): *Las condiciones del progreso económico*. Madrid. Alianza Edit. 2 vols.
- Clark, B.D «et alia».(1988): «Methods of environmental impact analysis». *Built Environment*, 4. pp. 111-121.
- Commoner, B. (1988): *Estimating the relationship between population growth and aggregate economic growth in LDC'S*. New York.
- Chesnais, J.CL.(1988): *La revancha del Tercer Mundo*. Edt. Planeta.
- Córdoba, J. y García Alvarado, J.M. (1990): *Geografía de la pobreza en España*. Madrid. Edt. Síntesis.
- Cornia, A.(1989): «Investing in Human Resources: Health, Nutrition and Development for the 1990s». *Journal of Development Planning*, 19, pp.159-187.
- Constanza, M. «et alia»: Predictability, scale, and biodiversity in coastal and estuarine ecosystems: implications for management». *Ambio*, 22 (2-3), pp.89-96.
- Dickenson, J.P. «et alia» (1983): *A Geography of the Third World*. New York. Methuen. 180 págs.
- Dryzek, J.S. (1987): *Rational Ecology*. New York, Basil Blackwell Inc.
- Edwards, K.A. (1993): «Water, environment and development: a global agenda», *Natural Resources Forum*, 17. pp.59-67.
- Ehrlich, P.M. (1990): *The Population Explosion*, New York. Simon & Schuster.
- F.A.O. (1986): *The dynamics of rural poverty*. New York. United Nations.
- Ferrer, M. (1987): «La población como problema». *Persona y Derecho*. vol. 16. pp. 70-78.
- Ferrer, M. (1991): «Urbanización, industrialización y ambiente». *Rev. Situación*, nº 2, pp. 17-39.
- García Ballesteros, A.(1982): *Crecimiento y problemas de la población mundial*. Barcelona. Edt. Salvat.
- Goldemberg, J «et alia».(1988): «Energy for a sustainable world». Wiley, East-ern India.
- González Bernáldez, F. (1984): «La conciencia ecológica en la sociedad española». *Tiempo de Paz*. nº 2. pp. 86-94.
- González Bernáldez, F. (1985): *Invitación a la ecología. La adaptación afectiva al entorno*. Madrid. Edt. Tecnos.
- Goodey, B. «et alia». (1984): «Some qualitative aspects of the urban environment in developed countries. *Geoforum*, 15.
- González, Mª.C. (1992): «La Educación Ambiental en la nueva Enseñanza Secundaria. Una dimensión y no una asignatura», *Boletín de la A.G.E.* nº 14, pp. 39-65.
- Guigo, M. (1991): *Gestion de l'environnement et études d'impact*. Paris. Edt. Masson.
- Herce, J.E. (1992): «Economía y medio ambiente: crecimiento sostenible». *Economía*, nº 14, pp. 25-31.

- Jiménez-Herrero, L. (1989): *Desarrollo y Medio Ambiente*. Alianza Edt. Madrid.
- Myers, N. (1989): *GAIA, An Atlas of Planet Management*. London, Gaia Book limited.
- Lillian, T «et alia» (1977): «Urbanization-Industrialization and the Theory of Demographic Transition». *Pacific Sociological Review*, vol. 20. nº 1. pp.113-134.
- Margalef, R. (1990): «La diversidad biológica y su evolución». *Panda*, nº 8. pp.4-18.
- Math, M (1993): «Population problems: constituen of general culture in the 21 century». *International Review of Education*. 39 (1-2), pp.5-13.
- Meadows, D.H. «et alia». (1972): *Limits to Growth*. New York. Universe Books.
- Menard, S «et alia» (1987): *Perspectives on population. An introduction to concepts and Issues*, Oxford - New York. Oxford University Press.
- Moss, R.H. «Research on global change and its human dimensions». *IGBP Newsletter*, 9. pp.12-15.
- Muñoz, J.(1992): «Perspectiva ambiental e integración disciplinar en Geografía», *Boletín de la A.G.E.* n.14, pp. 1-6.
- Noin, D.(1983): *La transition démographique dans le monde*. Paris, P.U.F.
- Odum, H. (1980): *Ambiente, energía y sociedad*. Barcelona. Edt. Blume. 410 págs.
- Puyo, R. (1982): *Población y espacio. Problemas demográficos mundiales*. Madrid. Edt. Cincel.
- Puyol, R. (1984): *Población y recursos. El incierto futuro*. Madrid. Edt. Pirámide.
- Ramos, A. «et alia» (1979): *Planificación física y ecología. Modelos y métodos*. Madrid. Edt. E.M.E.S.A.
- Ramos, A. (edt) (1987): *Diccionario de la naturaleza. Hombre, ecología y paisaje*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Ramos, A. (coordi.) (1990): «Medio Ambiente y crecimiento económico». *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, nº 2.
- Romero, J. y Pérez, J.(1992): *Pobreza y desigualdad en los países en desarrollo*. Madrid. Edt. Síntesis.
- Romero, J. «et alia». (1992): *Desigualdades y nueva pobreza en el mundo desarrollado*. Madrid. Edt. Síntesis.
- Ruesga, S.M. (1991): «Reflexiones preliminares sobre la evaluación monetaria del Medio Ambiente». *Rev. Situación*, nº 2. pp. 155-162.
- Santos, M. (1973): *Geografía y economía urbanas en los países subdesarrollados*. Barcelona. Oikos-Tau.
- Santos, M. (1988): «Nuevo orden internacional y reorganización espacial». *Urbanización, Subdesarrollo y crisis en América Latina*. Seminario de Geografía. Albacete. pp. 27-34.
- Sanz, J.J. y García Rodríguez, Mª P.(1991): «Desertificación, erosión y degradación de suelos». *Rev. Situación*, nº 2. pp. 55-71.
- Sauvy, A.(1973): *¿Crecimiento cero?*, Barcelona. Edt. Dopesa. 255 págs.

- Sebastián, L. DE (1988): *La crisis de América Latina y la deuda externa*. Madrid. Alianza Edit.
- Shaw, R.P. (1992): «Environment Impact». *Assessment Review*. marzo-junio.
- Simón, J. (1981): *The Ultimate Resource*. Princeton, Princeton University Press.
- Simón, J. y KAHN, H. (1984): *The Resourceful Earth*. New York. Basil Blackwell Inc.
- Surendran, M (1992): «Medio Ambiente y Subdesarrollo». en VV.AA. *Guía de acción joven sobre desarrollo sostenible*. Madrid, AIESEC.
- Tamames, R. (1977): *Ecología y Desarrollo*. Madrid. Alianza Edt.
- Tamames, R. (1989).»Pobreza, penuria y subdesarrollo». *Documentación Social*, n. 76. pp.33-41.
- Therbon, J. (1989): «Los retos del Estado de Bienestar: la contrarrevolución que fracasa, las causas del malestar y la economía política de las presiones de cambio», en MUÑOZ, R. (coord.). *Crisis y futuro del Estado de Bienestar*. Madrid, Alianza Universidad.
- VV.AA. (1990): *Economía de la pobreza*. I.C.E. N.686.
- VV.AA. (1991): *Desarrollo Humano: informe de 1991*. Bogotá. PNUD. Tercer Mundo Editores.
- VV.AA. (1992): «*Guía de acción joven sobre desarrollo sostenible*». Madrid. AIESEC. 280 págs.
- Todaro, M.P. (1989): «*Economic Development in the Third World*». New York, 4ª edc. Longman Inc.
- United Nations (1990): *Human Development Report 1990*. Oxford University Press.
- United Nations (1990): *Global Outlook 2000. An Economic Social and Environmental Perspective*. New York.
- Van de Walle, N. (1989): «Privatization in developing countries: a review of the issues». *World Development*, 1(5). pp. 601-615.
- Vidal, J.M. (1990): *Hacia una economía mundial. Norte-Sur: frente a frente*. Barcelona. Plaza & Janes-Cambio 16. 410 págs.
- Woods, R. (1982): *Population analysis in geography*. London. Longman. 245 págs.